

JORGE MANRIQUE

(1440-1479)

Coplas por la muerte de su padre

		IV		VIII	
		Invocación:		Decidme: la hermosura,	85
		Dejo las invocaciones		la gentil frescura y tez	
		de los famosos poetas		de la cara,	
		y oradores;		el color y la blancura,	
		no curo de sus ficciones,	40	cuando viene la vejez,	
		que traen yerbas secretas		¿cuál se para?	90
		sus sabores;		Las mañas y ligereza	
		A aquél sólo me encomiendo,		y la fuerza corporal	
		aquél sólo invoco yo		de juventud,	
		de verdad,	45	todo se torna graveza	
		que en este mundo viviendo		cuando llega al arrabal	95
		el mundo no conoció		de senectud.	
		su deidad.		IX	
		V		Pues la sangre de los godos,	
		Este mundo es el camino		y el linaje y la nobleza	
		para el otro, que es morada	50	tan crecida,	
		sin pesar;		¡por cuántas vías y modos	100
		mas cumple tener buen tino		se pierde su gran alteza	
		para andar esta jornada		en esta vida!	
		sin errar.		Unos, por poco valer,	
		Partimos cuando nacemos,	55	¡por cuán bajos y abatidos	
		andamos mientras vivimos,		que los tienen!	105
		y llegamos		otros que, por no tener,	
		al tiempo que fenecemos;		con oficios no debidos	
		así que cuando morimos		se mantienen.	
		descansamos.	60	X	
		VI		Los estados y riqueza	
		Este mundo bueno fue		que nos dejan a deshora,	110
		si bien usáramos de él		¿quién lo duda?	
		como debemos,		no les pidamos firmeza,	
		porque, según nuestra fe,		pues son de una señora	
		es para ganar aquél	65	que se muda.	
		que atendemos.		Que bienes son de Fortuna	115
		Aun aquel hijo de Dios,		que revuelven con su rueda	
		para subirnos al cielo		presurosa,	
		descendió		la cual no puede ser una	
		a nacer acá entre nos,	70	ni estar estable ni queda	
		y a vivir en este suelo		en una cosa.	120
		do murió.		XI	
		VII		Pero digo que acompañen	
		Ved de cuán poco valor		y lleguen hasta la huesa	
		son las cosas tras que andamos		con su dueño:	
		y corremos,	75	por eso nos engañen,	
		que en este mundo traidor,		pues se va la vida apriesa	125
		aun primero que muramos		como sueño;	
		las perdamos:		y los deleites de acá	
		de ellas deshace la edad,		son, en que nos deleitamos,	
		de ellas casos desastrados	80	temporales,	
		que acaecen,		y los tormentos de allá,	130
		de ellas, por su calidad,		que por ellos esperamos,	
		en los más altos estados		eternales.	
		desfallecen.			
I					
Recuerde el alma dormida,					
avive el seso y despierte					
contemplando					
cómo se pasa la vida,					
cómo se viene la muerte	5				
tan callando,					
cuán presto se va el placer,					
cómo, después de acordado,					
da dolor;					
cómo, a nuestro parecer,	10				
cualquiera tiempo pasado					
fue mejor.					
II					
Pues si vemos lo presente					
cómo en un punto se es ido					
y acabado,	15				
si juzgamos sabiamente,					
daremos lo no venido					
por pasado.					
No se engañe nadie, no,					
pensando que ha de durar	20				
lo que espera,					
más que duró lo que vio					
porque todo ha de pasar					
por tal manera.					
III					
Nuestras vidas son los ríos	25				
que van a dar en la mar,					
que es el morir;					
allí van los señoríos					
derechos a se acabar					
y consumir;	30				
allí los ríos caudales,					
allí los otros medianos					
y más chicos,					
y llegados, son iguales					
los que viven por sus manos	35				
y los ricos.					

<p style="text-align: center;">XII</p> <p>Los placeres y dulzores de esta vida trabajada que tenemos, 135 no son sino corredores, y la muerte, la celada en que caemos. No mirando nuestro daño, corremos a rienda suelta 140 sin parar; desque vemos el engaño y queremos dar la vuelta, no hay lugar.</p>	<p style="text-align: center;">XVI</p> <p>¿Qué se hizo el rey don Juan? Los infantes de Aragón ¿qué se hicieron? ¿Qué fue de tanto galán, qué fue de tanta invención 185 como trajeron? Las justas y los torneos, paramentos, bordaduras y cimeras, ¿fueron sino devaneos? 190 ¿qué fueron sino verduras de las eras?</p>	<p style="text-align: center;">XX</p> <p>Pues su hermano el inocente, que en su vida sucesor 230 se llamó, ¡qué corte tan excelente tuvo y cuánto gran señor le siguió! Mas, como fuese mortal, 235 metióle la muerte luego en su fragua. ¡Oh, juicio divinal, cuando más ardía el fuego, echaste agua! 240</p>
<p style="text-align: center;">XIII</p> <p>Si fuese en nuestro poder 145 hacer la cara hermosa corporal, como podemos hacer el alma tan gloriosa, angelical, 150 ¡qué diligencia tan viva tuviéramos toda hora, y tan presta, en componer la cativa, dejándonos la señora 155 descompuesta!</p>	<p style="text-align: center;">XVII</p> <p>¿Qué se hicieron las damas, sus tocados, sus vestidos, 195 sus olores? ¿Qué se hicieron las llamas de los fuegos encendidos de amadores? ¿Qué se hizo aquel trovar, las músicas acordadas 200 que tañían? ¿Qué se hizo aquel danzar, aquellas ropas chapadas que traían?</p>	<p style="text-align: center;">XXI</p> <p>Pues aquel gran Condestable, maestre que conocimos tan privado, no cumple que de él se hable, sino sólo que lo vimos 245 degollado. Sus infinitos tesoros, sus villas y sus lugares, su mandar, ¿qué le fueron sino lloros? 250 ¿Qué fueron sino pesares al dejar?</p>
<p style="text-align: center;">XIV</p> <p>Esos reyes poderosos que vemos por escrituras ya pasadas, 160 por casos tristes, llorosos, fueron sus buenas venturas trastornadas; así que no hay cosa fuerte, que a papas y emperadores 165 y prelados, así los trata la muerte como a los pobres pastores de ganados.</p>	<p style="text-align: center;">XVIII</p> <p>Pues el otro, su heredero, 205 don Enrique, ¡qué poderes alcanzaba! ¡Cuán blando, cuán halaguero el mundo con sus placeres se le daba! 210 Mas verás cuán enemigo, cuán contrario, cuán cruel se le mostró; habiéndole sido amigo, ¡cuán poco duró con él 215 lo que le dio!</p>	<p style="text-align: center;">XXII</p> <p>Y los otros dos hermanos, maestres tan prosperados como reyes, 255 que a los grandes y medianos trajeron tan sojuzgados a sus leyes; aquella prosperidad que tan alta fue subida 260 y ensalzada, ¿qué fue sino claridad que cuando más encendida fue amatada?</p>
<p style="text-align: center;">XV</p> <p>Dejemos a los troyanos, que sus males no los vimos 170 ni sus glorias; dejemos a los romanos, aunque oímos y leímos sus historias. No curemos de saber 175 lo de aquel siglo pasado qué fue de ello; vengamos a lo de ayer, que también es olvidado como aquello. 180</p>	<p style="text-align: center;">XIX</p> <p>Las dádivas desmedidas, los edificios reales llenos de oro, las vajillas tan febridas, 220 los enriques y reales del tesoro; los jaeces, los caballos de sus gentes y atavíos tan sobrados, 225 ¿dónde iremos a buscarlos? ¿qué fueron sino rocíos de los prados?</p>	<p style="text-align: center;">XXIII</p> <p>Tantos duques excelentes, 265 tantos marqueses y condes y varones como vimos tan potentes, di, muerte, ¿dó los escondes y traspones? 270 Y las sus claras hazañas que hicieron en las guerras y en las paces, cuando tú, cruda, te ensañas, con tu fuerza las atierres 275 y deshaces.</p>

XXIV

Las huestes innumerables,
los pendones, estandartes
y banderas, 280
los castillos impugnables,
los muros y baluartes
y barreras,
la cava honda, chapada,
o cualquier otro reparo,
¿qué aprovecha? 285
que si tú vienes airada,
todo lo pasas de claro
con tu flecha.

XXV

Aquél de buenos abrigo,
amado por virtuoso 290
de la gente,
el maestre don Rodrigo
Manrique, tanto famoso
y tan valiente;
sus hechos grandes y claros 295
no cumple que los alabe,
pues los vieron,
ni los quiero hacer caros
pues que el mundo todo sabe
cuáles fueron. 300

XXVI

Amigo de sus amigos,
¡qué señor para criados
y parientes!
¡Qué enemigo de enemigos!
¡Qué maestro de esforzados 305
y valientes!
¡Qué seso para discretos!
¡Qué gracia para donosos!
¡Qué razón!
¡Cuán benigno a los sujetos! 310
¡A los bravos y dañosos,
qué león!

XXVII

En ventura Octaviano;
Julio César en vencer 315
y batallar;
en la virtud, Africano;
Aníbal en el saber
y trabajar;
en la bondad, un Trajano;
Tito en liberalidad 320
con alegría;
en su brazo, Aureliano;
Marco Tulio en la verdad
que prometía.

XXVIII

Antonio Pío en clemencia; 325
Marco Aurelio en igualdad
del semblante;
Adriano en elocuencia;
Teodosio en humanidad 330
y buen talante;
Aurelio Alejandro fue
en disciplina y rigor
de la guerra;
un Constantino en la fe,
Camilo en el gran amor 335
de su tierra.

XXIX

No dejó grandes tesoros,
ni alcanzó muchas riquezas
ni vajillas;
mas hizo guerra a los moros, 340
ganando sus fortalezas
y sus villas;
y en las lides que venció,
muchos moros y caballos
se perdieron; 345
y en este oficio ganó
las rentas y los vasallos
que le dieron.

XXX

Pues por su honra y estado,
en otros tiempos pasados, 350
¿cómo se hubo?
Quedando desamparado,
con hermanos y criados
se sostuvo.
Después que hechos famosos 355
hizo en esta misma guerra
que hacía,
hizo tratos tan honrosos
que le dieron aún más tierra 360
que tenía.

XXXI

Estas sus viejas historias
que con su brazo pintó
en juventud,
con otras nuevas victorias 365
ahora las renovó
en senectud.
Por su grande habilidad,
por méritos y ancianía
bien gastada,
alcanzó la dignidad 370
de la gran Caballería
de la Espada.

XXXII

Y sus villas y sus tierras
ocupadas de tiranos 375
las halló;
mas por cercos y por guerras
y por fuerza de sus manos
las cobró.
Pues nuestro rey natural,
si de las obras que obró 380
fue servido,
dígalo el de Portugal
y en Castilla quien siguió
su partido.

XXXIII

Después de puesta la vida 385
tantas veces por su ley
al tablero;
después de tan bien servida
la corona de su rey
verdadero: 390
después de tanta hazaña
a que no puede bastar
cuenta cierta,
en la su villa de Ocaña
vino la muerte a llamar 395
a su puerta,

XXXIV

diciendo: «Buen caballero,
dejad el mundo engañoso
y su halago;
vuestro corazón de acero, 400
muestre su esfuerzo famoso
en este trago;
y pues de vida y salud
hicisteis tan poca cuenta
por la fama, 405
esfuércese la virtud
para sufrir esta afrenta
que os llama.

XXXV

No se os haga tan amarga
la batalla temerosa 410
que esperáis,
pues otra vida más larga
de la fama gloriosa
acá dejáis,
(aunque esta vida de honor 415
tampoco no es eternal
ni verdadera);
mas, con todo, es muy mejor
que la otra temporal 420
perecedera.

XXXVI

El vivir que es perdurable
no se gana con estados
mundanales,
ni con vida deleitable
en que moran los pecados 425
infernales;
mas los buenos religiosos
gánanlo con oraciones
y con lloros;
los caballeros famosos, 430
con trabajos y aflicciones
contra moros.

XXXVII

Y pues vos, claro varón,
tanta sangre derramasteis 435
de paganos,
esperad el galardón
que en este mundo ganasteis
por las manos;
y con esta confianza
y con la fe tan entera 440
que tenéis,
partid con buena esperanza,
que esta otra vida tercera
ganaréis.»

XXXVIII

Responde el Maestro
«No tengamos tiempo ya 445
en esta vida mezquina
por tal modo,
que mi voluntad está
conforme con la divina
para todo; 450
y consiento en mi morir
con voluntad placentera,
clara y pura,
que querer hombre vivir
cuando Dios quiere que muera 455
es locura.

XXXIX

Oración:
Tú, que por nuestra maldad,
tomaste forma servil
y bajo nombre;
tú, que a tu divinidad 460
juntaste cosa tan vil
como es el hombre;
tú, que tan grandes tormentos
sufriste sin resistencia
en tu persona, 465
no por mis merecimientos,
mas por tu sola clemencia
me perdona.»

XL

Fin:
Así, con tal entender,
todos sentidos humanos 470
conservados,
cercado de su mujer
y de sus hijos y hermanos
y criados,
dio el alma a quien se la dio 475
(el cual la dio en el cielo
en su gloria),
que aunque la vida perdió
dejónos harto consuelo
su memoria. 480

El autor de estos textos fue un aristócrata y poeta castellano, nacido en Paredes de Nava (Palencia) hacia 1440 y fallecido en el Castillo de Garcimuñoz (Cuenca) en 1479. Sin duda alguna, se trata del más acusado prototipo del **caballero literato** medieval: por su vida, dedicada al oficio militar, y por su obra poética, una de las cumbres de la poesía castellana de todos los tiempos.

Jorge Manrique debe su fama a sus cuarenta coplas octosilábicas de pie quebrado -o coplas manriqueñas-, parejas de sextillas constituidas a su vez por una doble serie de octosílabos más un tetrasílabo, con rima abc, abc, tituladas *Coplas de Jorge Manrique a la muerte de su padre, el Maestre don Rodrigo*, conocidas como *Coplas a la muerte de su padre* (1476), y publicadas en Sevilla en 1494. Es una dolorosa elegía en la que meditó sobre la brevedad de la vida y la **vanidad de los placeres** mundanales. Manrique expresó sus ideas con gracia y precisión y evitó la acumulación de adjetivos y las digresiones teológicas o morales. Las trece primeras coplas hablan de **lo breve de la vida**, lo depreisa que pasa y de lo atentos que debemos estar, dada nuestra **condición de mortales**. En la segunda parte pone ejemplos concretos de la **caducidad de las cosas**, y a partir de la estrofa XXV hasta el final aparece la figura de **don Rodrigo**, el verdadero protagonista de la obra. Manrique se sirvió de la tradición literaria previa, con una rica literatura funeraria, y le dio nueva vida al remozar unos **tópicos** y superar otros por completo. Frente al pesimismo que destilan otros textos, Manrique, en una especie de **arte de bien morir**, se refiere a la **bondad de una vida ejemplar** y al **premio** que suponen la vida eterna y la fama entre las generaciones futuras.

Jorge Manrique fue el poeta modélico para quienes escribieron versos en los años de los Reyes Católicos y todavía lo sería en la primera mitad del siglo XVI. A diferencia de lo ocurrido con el resto de la poesía de cancionero, las *Coplas a la muerte de su padre* consiguieron sobreponerse a cualquier cambio en la estética. De hecho, el verso solemne de Jorge Manrique ha sobrecogido y emocionado a los lectores de todos los tiempos, incluidos los del momento presente.